

PERTINENCIA DE LA IMPERTINENCIA

Julián Sabogal Tamayo
Universidad de Nariño

RESUMEN

El artículo aporta argumentos acerca del carácter de la educación como parte integrante de determinados sistemas sociales históricos. Se hace una crítica al modelo imperante y a la teoría que le corresponde. Luego se plantea la necesidad de un modelo alternativo y la correspondiente concepción teórica, que debe ser una ciencia para la complejidad. Esto implica una nueva concepción de la educación que sea impertinente, es decir crítica del modelo imperante y, a la vez, pertinente de cara al modelo alternativo.

Palabras Clave: *educación, impertinente, pertinente, modelo imperante, modelo alternativo, teoría económica, teoría alternativa, complejidad.*

THE RELEVANCE OF IMPERTINENCE

Julián Sabogal Tamayo
University of Nariño

ABSTRACT

This article aims to contribute toward the argument of the split-character of education as determined by historic social systems. It is a criticism of the prevailing model and its corresponding theories. The need for an alternative model and its corresponding theoretical conceptions—a complex science, implies a new conception of education that may be impertinent, that is to say critical of the prevailing model and, at the same time, pertinent toward the formation of an alternative model.

Keywords: *education, impertinent, pertinent, prevailing model, alternative model, economic theory, alternative theory, complexity.*

INTRODUCCIÓN

En este artículo me propongo adelantar algunas reflexiones sobre la responsabilidad social de la Educación Superior en América Latina, en las condiciones actuales. La pregunta fundamental de la pertinencia de la educación tiene que ver con el para qué, y la respuesta seguramente se enfrenta a una disyuntiva. La educación comprometida con el mantenimiento del *statu quo* es pertinente y la que se compromete con su transformación se puede considerar válidamente como una educación *impertinente*.

La educación no debe entenderse como un todo en sí misma, sino como parte consustancial de un sistema mayor, que es el sistema social. El tratamiento de un sistema educativo, con la idea de que se trata de algo independiente, lleva a las mismas sin salidas que los otros componentes de la realidad social que se abocan aisladamente. Es lo que sucede, por ejemplo, con las políticas aplicadas a un supuesto sistema monetario; al margen de todos los otros componentes del sistema social, solo pueden llevar a una frustración tras otra. Igual sucedería si un médico intentara corregir las imperfecciones del sistema respiratorio, ignorando el funcionamiento del sistema digestivo o del sistema sanguíneo. Los cortes en la realidad, las abstracciones, son necesarios con fines analíticos, pero la dificultad empieza cuando se termina por olvidar que tales cortes son una actividad mental. El economista Georgescu-Roegen nos lo explica de la siguiente manera: “Debido precisamente a que el Todo no tiene costuras, determinar dónde se puede trazar el límite analítico de un proceso parcial –en suma, de un proceso–, no es un problema sencillo. Por el contrario, según Platón, en la realidad no existen ni siquiera juntas que puedan guiar nuestro trabajo de talla”¹.

Las ciencias modernas, herederas de grandes pensadores como Descartes y Newton, llevan a la parcialización de la realidad, con el resultado de que las organizaciones parceladas terminan por ser inoperantes. Por eso, en fechas relativamente recientes, las ciencias han emprendido el camino de la transdisciplinariedad, que permita entender la realidad en su totalidad compleja.

1. EL MODELO ACTUAL DE EDUCACIÓN

Una característica fundamental de la educación actual es su división excesiva en disciplinas. Cada disciplina, cada conocimiento (Economía, Biología, Historia, etc.) toma como su objeto una parte de la realidad y termina por suponer que esa parte tiene existencia independiente. Esta división de las ciencias en disciplinas independientes tiene su explicación histórica, no es propia de la ciencia *per se*. Tal historia se remonta a la modernidad, es decir, al capitalismo y su explicación teórica eurocéntrica. El establecimiento en la historia del ca-

pitalismo, como modo de producción dominante, se liga al surgimiento de la gran industria y ésta, a su vez, al invento de la máquina. El uso de la máquina tiene como condición *sine qua non* la división del trabajo, el obrero parcial. Un gran conocedor de esta historia nos plantea lo siguiente:

Para que exista verdadero sistema de maquinaria y no una serie de máquinas independientes, es necesario que el objeto trabajado recorra diversos procesos parciales articulados entre sí como otras tantas etapas y ejecutados por una cadena de máquinas diferentes, pero relacionadas las unas con las otras y que se complementen mutuamente. Aquí, volvemos a encontrarnos con aquella cooperación basada en la división del trabajo característica de la manufactura, pero ahora como combinación de diferentes máquinas parciales².

Las máquinas son necesariamente especializadas; no existe una máquina, por ejemplo, para fabricar una mesa; existe una para cortar la madera, otra para cepillarla, otra para introducir los clavos, etc.; la especialización de la máquina obliga a la especialización del obrero, quien pasa de utilizar herramientas a ser utilizado por las máquinas.

En la manufactura y en la industria manual, el obrero se sirve de la herramienta: en la fábrica, sirve a la máquina. Allí, los movimientos del instrumento de trabajo parten de él; aquí, es él quien tiene que seguir sus movimientos. En la manufactura, los obreros son otros tantos miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica, existe por encima de ellos un mecanismo muerto, al que se les incorpora como apéndices vivos. Esa triste rutina de una tortura inacabable de trabajo, en la que se repite continuamente el mismo proceso mecánico, es como el tormento de Sísifo; la carga del trabajo rueda constantemente sobre el obrero agotado, como la roca de la fábula³.

La división del trabajo, en la producción industrial capitalista, se traslada a la producción científica. Aún en los primeros pasos de la ciencia moderna no encontramos las disciplinas científicas; ejemplo de esto son los renacentistas. Leonardo Da Vinci, además de un gran pintor, fue un gran matemático, mecánico e ingeniero; Alberto Durero fue pintor, grabador, escultor y arquitecto e inventó, además, un sistema de fortificaciones; Maquiavelo fue estadista, historiador, poeta y, a la par con ello, el primer notable escritor militar de los tiempos modernos; Lutero, además de ser reformador religioso, creó la prosa alemana moderna y fue un gran compositor.

Otra característica de la educación actual es que prepara a los futuros profesionales fundamentalmente para el hacer, para el empleo. Aquí es fácil entender que la empresa capitalista condiciona la formación de los profesionales. Es la producción de cuadros para el mantenimiento de la organización social existente, de la situación heredada. Una categoría relativamente reciente, que

refuerza esta tradición, es la de “capital humano”, propia del pensamiento neoliberal; es una creación de dos economistas neoliberales norteamericanos: los conocidos premios Nobel de Economía Theodore Schultz y Gary Becker. Como anota Foucault:

Un Schultz, un Becker dicen: en el fondo, ¿por qué trabaja la gente? Trabaja, desde luego, para contar con un salario. Ahora bien, ¿qué es un salario? Un salario es simplemente un ingreso. Desde el punto de vista del trabajador, el salario no es el precio de venta de su fuerza de trabajo, es un ingreso. Y en este punto, entonces los neoliberales norteamericanos se refieren a la vieja definición, de comienzos del siglo XX, de Irving Fisher, que decía: ¿qué es un ingreso? [...] Un ingreso es sencillamente el producto o rendimiento de un capital. Y a la inversa, se denomina “capital” a todo lo que pueda, de una manera u otra, ser fuente de ingresos futuros. Por consiguiente, sobre esa base, si se admite que el salario es un ingreso, el salario es por lo tanto renta de un capital⁴.

El concepto de capital humano se ha introducido en los sistemas educativos, y de allí que las inversiones financieras en educación no se consideren ya como un medio para la formación de seres humanos, sino como una inversión en una forma de capital: capital humano. Podemos encontrar excepciones a la tendencia general, pero ellas solo son de interés de unos pocos investigadores teóricos, más por iniciativa propia que por un plan del sistema educativo; casi podemos decir que este tipo de actividad intelectual se lleva a cabo más bien a pesar de la Universidad. El mensaje último de la Universidad parece ser: aquí enseñamos a hacer, porque el pensamiento nos está dado, desde los países centrales.

En consecuencia, la Educación Superior se limita a la superficie de los procesos sociales, a los síntomas. Si planteamos una metáfora tomada de la medicina, podemos decir que la educación trata las enfermedades de la sociedad con drogas sintomáticas: analgésicos y antipiréticos. Las preguntas fundamentales sobre los procesos sociales no se formulan y, por lo tanto, los problemas sobre los que se trabaja son superficiales. Para tomar un ejemplo, cercano de la Ciencia Económica de Colombia, digamos que los analistas se dedican a discutir sobre la revaluación de la moneda nacional, o la subida de los precios; en cambio, poco dicen del hecho de que muchos millones de colombianos estén en riesgo de morir de hambre o de enfermedades derivadas de la desnutrición; tampoco se habla, o se habla muy poco, de los procesos irreversibles de deterioro del ambiente.

Una pregunta fundamental de la educación debería ser: ¿vivimos en el mejor de los mundos posibles? Y, si la respuesta es no, habría que preguntarse: ¿un mundo mejor es posible? Preguntas como estas deberían ocupar el quehacer de

la Educación Superior. Como todo indica que los grupos instalados en el poder político y económico están satisfechos con el orden de cosas existente, habría que concluir que una educación preocupada por preguntas esenciales es una educación impertinente. Lo que yo me propongo argumentar es la pertinencia de ese tipo de educación, es decir, la *pertinencia de la impertinencia*.

Partamos del supuesto de que todo sistema educativo, que responde a unas condiciones históricas dadas, defiende los intereses de los grupos que tienen el poder económico y social. La razón es clara: los grupos que tienen el poder administran los recursos y solamente los suministran a un sistema educativo que no se oponga a sus intereses.

Si nos apoyamos en una teoría, quizás un poco pasada de moda, diríamos que la educación está condicionada por intereses de clase. Al respecto el pensador latinoamericano Aníbal Ponce, en su obra “Educación y lucha de clases”, nos dice: “Para ser eficaz, toda educación impuesta por las clases poseedoras debe cumplir estas tres condiciones esenciales: destruir los restos de alguna tradición enemiga; consolidar y ampliar su propia situación como clase dominante; prevenir los comienzos de una posible rebelión de las clases dominadas”⁵.

Aunque a estas alturas de la historia la anterior formulación pueda parecer esquemática, no deja de mantener en el fondo un núcleo racional. El sistema educativo forma los cerebros de los profesionales a la medida de los intereses del sistema económico vigente. La educación hace con el educando lo que Teodoro con Gargantúa, que “le purgó canónicamente con eléboro de Anticira, limpiándole con este medicamento toda la alteración y el perverso hábito del cerebro”⁶.

A este respecto encontramos posiciones similares a lo largo de toda la historia de la educación en el capitalismo. Parece haber, *mutatis mutandis*, un hilo conductor a lo largo de toda la historia, desde el educador renacentista Juan Luis Vives, quien afirmaba que “uno es lo que hace o lo que sabe hacer”, hasta la política de COLCIENCIAS, que solo financia investigaciones “que tengan efectos prácticos”. Todas las competencias laborales y los argumentos a favor del *saber hacer*, no son más que otras tantas ideas tendientes a moldear los cerebros para ponerlos en condición de servir al modelo imperante, de servir al mercado. Todos los argumentos en boga, como “no salga a buscar empleo, sino a ofrecerlo; hay que despertar en los jóvenes el espíritu empresarial; lo más importante en este mundo globalizado es ser competitivo”, etc., apuntan en el mismo sentido. Por eso, el epistemólogo latinoamericano Rolando García nos decía, en una entrevista reciente: “Yo me enojo mucho con nuestros pedagogos cuando hablan de desarrollar habilidades y destrezas. Habilidades y destrezas se requieren en el circo...” Todas las políticas oficiales apuntan a desarrollar habilidades para el quehacer instrumental. En cambio, el pensamiento se reserva a los grupos privilegiados, a quienes detentan el poder y hoy, en este mundo

globalizado, a quienes detentan el poder mundial. Cuando hablamos de la educación pertinente, como moldeadora de cerebros en todo el sistema, debemos incluir también la historia del llamado socialismo real.

2. LA POSICIÓN CRÍTICA

En este artículo, parto del supuesto de que a la pregunta: ¿vivimos en el mejor de los mundos posibles?, podemos responder: no. Al menos la respuesta es negativa para la mayor parte de los habitantes del planeta. Lo es, sin duda, para la mayor parte de la población de América Latina. Y, si es así, se hace necesaria una posición crítica, desde la educación pública, frente a la realidad, es decir, frente al pasado y el presente del modelo imperante. En este sentido, el papel de los docentes y los estudiantes de las universidades públicas debería ser la defensa del carácter democrático que debe tener lo público, defender la necesidad de que lo público se utilice en beneficio de la mayoría de la población. Una educación que funcione sobre la pregunta en torno al conocimiento crítico de la realidad social, será una educación impertinente, en relación con el modelo.

Me voy a detener, en primer lugar, en el modelo imperante, para mostrar por qué no merece que todos los cerebros humanos se moldeen, de acuerdo a sus principios y sus fines.

Empezaré con una crítica del modelo imperante, a partir de una mirada a los datos históricos, para indicar que la organización actual del mundo es una fuente permanente de desigualdad. Doy por hecho el carácter indeseable de un modelo que sea fuente de desigualdad humana. Solo algunos ejemplos, en el ámbito mundial y en Colombia, nos bastan para tener una idea clara en este aspecto. Mientras hay países, como Japón, donde la esperanza de vida es de 85 años, hay otros, como Zambia, donde es de 32 años: menos de la mitad de lo que la ciencia y la tecnología actuales podrían proporcionar. Mientras en Islandia el consumo promedio es de 3600 calorías, en El Congo es de apenas 1700. Otro ejemplo contundente es el de la concentración de la riqueza: los cinco hombres más ricos del mundo poseen una cantidad de riqueza equivalente a lo que produce anualmente la mitad de la población del mundo. Para el caso de Colombia, digamos que más del 60% de los colombianos son pobres, lo cual significa que viven con dos dólares o menos por día. En un país como el nuestro, en el que el sector agropecuario es muy importante, solo el 0.4% de los propietarios de tierras poseen más del 60%. Existe, sin lugar a dudas, un serio problema de inequidad en el mundo actual, y el modelo imperante no podrá disminuirla, sino que tenderá a incrementarla en forma irreversible.

Las ciencias económicas proclives al modelo, que son prácticamente todas las que se enseñan en nuestras universidades, han creado un extraño sujeto para la economía, al que llaman *homo economicus*: un ser abstracto, movido solamente

por el deseo de adquirir bienes económicos al menor precio posible. Para semejante comprensión, los humanos solo existen como compradores o vendedores, que es la única dimensión que tiene expresión en el mercado: se trata de un hombre unidimensional, como lo entendió el filósofo Herbert Marcuse.

El paradigma del modelo es el mercado; es decir, la compraventa libre de mercancías. Todo lo existente en el mundo reviste la forma de mercancías: cosas vendibles, cosas con precio. En última instancia, no queda nada que escape a esta condición; igual la conciencia que la dignidad, igual la ideología que la belleza, igual la inteligencia que la creatividad; todo termina por tener la misma condición que la Coca-Cola, los automóviles o las papas fritas. Lo anterior no ha sido siempre de esta manera. En las primeras etapas del actual sistema, una mercancía tenía la condición de tal, porque contaba con condiciones naturales que le permitían satisfacer determinadas necesidades de un consumidor, bien fuera del cuerpo o del espíritu: el paño para librar del frío, las proteínas para alimentar el cuerpo, las obras de arte para alimentar el espíritu, etc. Con el tiempo han ido adquiriendo precio muchas cosas inútiles, incluso dañinas; las necesidades a satisfacer no son las propias de la naturaleza humana, sino que los oferentes de los productos crean también las necesidades, con ayuda de la publicidad. A mediados del siglo XIX, Carlos Marx ya había descubierto este problema y lo trató como alienación de las necesidades, en el sentido de que éstas dejaban de ser una exigencia interna de la persona, bien sea de carácter biológico, fisiológico, espiritual o social, para convertirse en una exigencia externa; no se trata hoy de satisfacer las necesidades del consumidor, sino las necesidades de lucro de los productores. Estas son las palabras del pensador mencionado:

Cada cual trata de crear una fuerza esencial extraña sobre el otro, para encontrar así satisfacción a su propia necesidad egoísta. Con la masa de objetos crece, pues, el reino de los seres ajenos a los que el hombre está sometido y cada nuevo producto es una nueva potencia del recíproco engaño y la recíproca explotación. El hombre, en cuanto hombre, se hace más pobre, necesita más del dinero para adueñarse del ser enemigo, y el poder de su dinero disminuye en relación inversa a la masa de la producción, es decir, su menesterosidad crece cuando el poder del dinero aumenta. La necesidad de dinero es así la verdadera necesidad producida por la Economía Política y la única necesidad que ella produce. La cantidad de dinero es cada vez más su única propiedad importante. Así como él reduce todo ser a su abstracción, así se reduce él en su propio movimiento a ser cuantitativo. La desmesura y el exceso es su verdadera medida⁷.

El empresario capitalista, a través de la publicidad, convence al consumidor de comprar artículos inútiles y, en este empeño, convierte a muchas personas

en agentes publicitarios. No hay divulgador científico, educador, animador deportivo, periodista, político, representante de cualquier organización, incluidas las religiosas, en una palabra todo el que utilice los medios de comunicación, que no esté obligado a publicitar determinado producto.

Es decir, las necesidades propias de la naturaleza humana han perdido su lugar en el concierto económico; hoy se trata de “necesidades” humanas creadas por la publicidad y el fin del consumo no persigue el bienestar de las personas sino el incremento del lucro de los empresarios. Ese proceso se ha sofisticado de tal manera que, a través de la publicidad, los vendedores han penetrado en el inconsciente de los consumidores, convenciéndolos de que les es necesario lo que en realidad son simples consumos superfluos. Herbert Marcuse lo explica de la siguiente manera.

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido⁸.

El modelo imperante ha adquirido vida propia. En su funcionamiento, los empresarios del capital tampoco son seres libres que puedan decidir soberanamente su quehacer. Acumular capital *ad infinitum* es la razón de ser del capitalista. El modelo es irracional. Los humanos son simples instrumentos de los mecanismos autónomos del modelo: “[...] no ha de tomar como impulso motor el valor de uso y el goce, sino el valor de cambio y su incremento. Como un fanático de la valorización del valor, el verdadero capitalista obliga implacablemente a la humanidad a producir por producir [...] El capitalista solo es respetable en cuanto personificación del capital. Como tal, comparte con el atesorador el instinto absoluto de enriquecerse. Pero lo que en éste no es más que una manía individual, es en el capitalista el resultado del mecanismo social, del que él no es más que un resorte”⁹.

Por supuesto que no es lo mismo la esclavitud de los desposeídos que la de los propietarios: aquéllos muchas veces no pueden satisfacer las necesidades mínimas vitales, éstos no cuentan tales necesidades entre sus prioridades. La actividad humana fundamental, que es el trabajo, es retribuida en forma muy

desigual, sin que guarde ninguna relación con su capacidad para aportarle a la comunidad. Históricamente, los que producen los bienes que consume toda la sociedad reciben una menor parte del producto. Al respecto afirmaba el economista Georgescu-Roegen lo siguiente: “[...] una mente de otro mundo tendrá grandes dificultades para comprender muchos aspectos de nuestro proceso económico. Sobre todo encontrará duro ver por qué los que desempeñan el trabajo improductivo han sido siempre la clase privilegiada económicamente”.

Lo dicho hasta aquí nos llevaría a concluir que el modelo imperante no es el mejor de los posibles, porque no es apropiado para el desarrollo humano. A lo anterior hay que agregar que dicho modelo tampoco es sostenible, en razón de que el fin último del modelo es el lucro, la ganancia, y la satisfacción de la necesidad de lucro no tiene límite. Dado que para obtener ganancia infinita, se enfrenta una producción sin límite con una fuente de recursos limitada, los recursos existentes en la naturaleza, no por abundantes dejan de ser finitos. Un buen ejemplo de esto es el país considerado hoy más desarrollado del mundo, cuya forma de vida la quieren imitar casi todos los habitantes de la tierra, Estados Unidos. Este país cuenta con el cinco por ciento de la población del planeta y alcanza aproximadamente el 25% del consumo mundial de energía; lo anterior significa que si todos los países de la Tierra alcanzaran niveles de consumo de energía equivalentes a los actuales de los Estados Unidos, su producción debería multiplicarse por cinco, lo cual agotaría las fuentes energéticas del planeta en poco tiempo. Es un hecho que las fuentes fósiles de energía que contiene la corteza terrestre constituyen un *stock* que, por muy grande que sea, no deja de ser limitado y su consumo llevará al agotamiento irremediablemente. El reciclaje tampoco es una solución, porque no todas las materias son reciclables; por ejemplo, un trozo de carbón mineral solo puede quemarse una sola vez. En otras palabras, “no podemos utilizar más que una sola vez una cantidad dada de baja entropía”¹⁰.

No se trata de que el planeta Tierra sea insuficiente para suministrar los recursos que requiere el consumo de la población con que cuenta. El planeta puede aportar los recursos necesarios para la satisfacción de las necesidades de la población actual, incluido un cierto crecimiento futuro, siempre que se cumplan dos condiciones: que se trate de las necesidades propias de la naturaleza humana y no de necesidades creadas con fines de obtener lucro, y que los recursos del planeta sean utilizados en forma racional.

Hay características del modelo imperante que bastaría suponerlas en el largo plazo para comprender su absoluta irracionalidad, lo cual podría llevar al supuesto de que la mayoría de seres racionales estarían dispuestos a introducir cambios a la situación dada. Veamos algunos ejemplos, en el ámbito universal. Primer ejemplo: la potencia nuclear bélica que existe actualmente en el mundo es suficiente, de llegar a usarse, para destruir todas las formas de vida del planeta;

en otras palabras, una guerra nuclear hoy convertiría a la Tierra en un planeta sin vida. Otro ejemplo: doscientos veinte millones de niños en el mundo son explotados en trabajos propios para adultos y mil millones de personas están en peligro de muerte por hambre, mientras sería suficiente invertir en alimentos una centésima parte de los recursos que hoy se invierten en asuntos militares para acabar con el hambre del mundo. Otro caso es el relacionado con el deterioro ambiental: el deterioro de las condiciones de vida del planeta, causado por la industrialización descontrolada y el consumo desmedido, puede llegar a eliminar las condiciones para la vida humana.

Esta tendencia a la destrucción de las condiciones de vida no es, como piensan algunos, propia de la condición humana, sino una característica del modelo. Como se dijo en el “Manifiesto por la vida”, del encuentro de Bogotá de 2002: “La crisis ambiental es una crisis de civilización. Es la crisis de un modelo económico, tecnológico y cultural que ha depredado a la naturaleza y negado a las culturas alternas”¹¹.

El ejemplo de la salud es particularmente significativo: mientras aumenta el conocimiento científico y tecnológico en la producción de medios para curar enfermedades, aumenta el número de enfermos; incluso enfermedades endémicas que habían sido erradicadas como la tuberculosis, la sífilis y el cólera, han aparecido de nuevo. La lógica del modelo imperante es implacable en estos aspectos: como el fin último es el lucro, el medio adecuado para ello es la búsqueda constante de técnicas que permitan producir bienes con la menor cantidad de trabajo posible, lo cual redundará inevitablemente en una menor cantidad de trabajadores contratados y como, de otro lado, los trabajadores solo pueden adquirir sus bienes de consumo con el dinero que reciben en forma de salario, es obvio que cada vez haya mayor número de personas que no tenga acceso a los bienes producidos, incluidos los medicamentos.

El modelo no solamente ha creado los mecanismos sociales que le permitan perdurar, también ha creado las Ciencias Sociales que lo defienden. Estoy suponiendo que todas las teorías en Ciencias Sociales nacen en contextos particulares, con propósitos definidos, y luego alcanzan determinados niveles de universalidad dependiendo obviamente de su capacidad de ahondar en el descubrimiento de las grandes tendencias, pero también de la concepción del mundo de los teóricos, que muchas veces va acompañada de intereses económicos, políticos, ideológicos, etc.

Las Ciencias Sociales, en general, y las teorías del desarrollo, en particular, dividen el mundo en dos grandes bloques, uno de los cuales está más avanzado o desarrollado y el otro menos avanzado; el primero es un mundo industrializado y el segundo es productor de bienes primarios. Tales teorías tienen una mirada lineal de la historia, de tal manera que los países subdesarrollados se encuentran

en una escala inferior, pero con la ayuda del otro bloque y la imitación de su historia pueden llegar a ser algún día iguales a ellos.

En este artículo voy a rechazar esas visiones lineales de la historia. Compartimos, en cambio, la visión que entiende el mundo actual como la unidad de un centro y una periferia, dos caras de una misma moneda. Se trata de una estructura que se reproduce a sí misma, sin que los países que componen la periferia tengan la posibilidad de convertirse en centro ni de alcanzar las condiciones de desarrollo hoy existentes en los países centrales, al menos en los marcos del modelo imperante. Se trata de un sistema único mundial cuyos componentes se retroalimentan mutuamente; cada uno es condición del otro. Las condiciones de desigualdad al interior del sistema mundo se pueden ver fácilmente, con solo revisar las estadísticas oficiales; veamos: “La desigualdad en la distribución de los ingresos entre el 20% más rico y el 20% más pobre pasó de 30 a 1 en 1960, a 74 a 1 en 1997. Pero la del capital acumulado por los diversos sectores del género humano que termina de medir la Universidad de las Naciones Unidas (2006) es aún mucho mayor. El 10% más rico tiene el 85% del capital mundial, la mitad de toda la población del planeta solo el 1%”¹².

El modelo imperante, como es obvio, cuenta con teóricos dedicados a su defensa. Una característica de las teorías que favorecen el modelo consiste en que lo consideran como una forma natural de organización de la sociedad. Según ellos, dada la naturaleza egoísta del ser humano, la competencia es la manera natural de establecer relaciones económicas entre productores y entre estos y los consumidores. Un pensador del siglo XVIII, nos dice al respecto lo siguiente:

*El hombre se halla siempre constituido, según la ordinaria provi-
dencia, en la necesidad de la ayuda de su semejante, suponiendo
siempre la del primer Hacedor, y aun aquella ayuda del hombre en
vano la esperaría siempre de la pura benevolencia de su prójimo,
por lo que la conseguirá con más seguridad interesando en favor
suyo el amor propio de los otros, en cuanto a manifestarles que por
utilidad de ellos también les pide lo que desea obtener. Cualquiera
que en materia de intereses estipula con otro, se propone hacer esto:
“dame tú lo que me hace falta, que yo te daré lo que te falta a ti”. Esta
es la inteligencia de semejantes compromisos, y este es el modo de
obtener de otro mayor parte en los buenos oficios de que necesita en
el comercio de la sociedad civil. No de la benevolencia del carnicero,
del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de
quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento. No imploramos
su humanidad, sino acudimos a su amor propio; nunca les hablamos
de nuestras necesidades, sino de sus ventajas*¹³.

Pero la historia desmiente el argumento del carácter natural del modelo imperante. Para ello basta recordar que las relaciones de producción actuales solo

tienen una existencia aproximada de 500 años, si contamos desde las primeras ciudades Estado italianas, los que, comparados con los 50 mil que cuenta la historia de la producción humana, solo representan un uno por ciento de esa historia.

Los teóricos nos han dicho siempre, y lo siguen diciendo hoy, que el mercado es como la alternativa única de organización económica o, por lo menos, la mejor de las posibles; este planteamiento no es falso en términos absolutos, pero es una verdad solo relativa. Poner en juego el egoísmo a través de la competencia logra que la producción sea más eficiente, entendiéndose por esto que se produzca el mismo bien cada vez con menor cantidad de trabajo. Se forma con ello una especie de círculo virtuoso en el que cada uno se esfuerza por ser el mejor y la competencia, a su vez, pone fuera de juego a los menos aptos para producir eficientemente; es el funcionamiento del darwinismo en la Economía. En el planteamiento de la eficiencia como fin se identifican incluso algunos contradictores del modelo imperante; es el caso de V. I. Lenin, quien afirmó en este sentido lo siguiente: “[...] va colocándose necesariamente en primer plano una tarea cardinal: la de crear un tipo de sociedad superior a la del capitalismo, es decir, la tarea de aumentar la productividad del trabajo y, en relación con esto (y para esto), dar al trabajo una organización superior”¹⁴.

La falacia consiste en situar a la producción como objetivo último de la Economía; el propósito de las Ciencias Económicas es lograr que se produzcan más objetos. La actuación con base en los anteriores principios produce una ruptura entre los medios y los fines. En la práctica, efectivamente aumenta la cantidad y la calidad de los bienes que se producen, pero al mismo tiempo aumenta el número de personas en el mundo que no tiene acceso a tales bienes. Podemos afirmar, al respecto, que prácticamente todas las Ciencias Económicas existentes son ciencias sobre los medios. Por supuesto, que se trata de las ciencias propias del modelo imperante; si pensamos más allá del modelo, el razonamiento debe cambiar.

3. LA ALTERNATIVA

Más allá del modelo, podemos situar a la gente y su satisfacción como el objetivo fundamental y, en este supuesto, el argumento de la eficiencia pierde su condición de objetivo absoluto y se torna relativo, cual es el de ser medio para producir bienes que deben tener un fin: la satisfacción de las necesidades humanas. En la terminología de la Economía Política se diría que el fin fundamental ha de ser el valor de uso de las mercancías y no su valor de cambio. El fin último ya no será la eficiencia en la producción de mercancías, sino la eficacia en la distribución de bienes. El fin último ya no será la Economía, sino la gente. Este tema ya había sido abocado por el filósofo griego Aristóteles, en los siguientes términos: “[...] no es lo mismo la economía que la crematística: esta, en efecto,

se ocupa de la adquisición, aquella de la utilización; pues ¿qué arte será, sino la economía, el que entienda de la utilización de los bienes domésticos?”¹⁵.

*[...] la crematística parece tener que ver sobre todo con el dinero, y [...] la riqueza se considera muchas veces como abundancia de dinero porque este es el fin de la crematística y del comercio*¹⁶.

La “economía” debería ocuparse de la “utilización de los bienes domésticos”, pero con el tiempo la crematística pasó a ocupar todo el espacio de las Ciencias Económicas y la original “economía” de Aristóteles desapareció como ciencia; quizá sea necesario regresar al gran pensador griego. Se trataría de construir una nueva Ciencia Económica, que tenga como objetivo el bienestar de los humanos y que reduzca la producción a la condición de medio.

¿Qué lugar ocupa la educación impertinente en la anterior argumentación? Tal educación debe, en primer lugar, criticar el modelo imperante y sus respectivas teorías económicas, como las he mostrado aquí. Pero debe ir más allá en el camino de construir teorías impertinentes. Se trata, en este caso, de recuperar la independencia de pensamiento, con la creación de teoría del desarrollo a la luz de las realidades históricas y sociales de nuestros países: teoría latinoamericana del desarrollo. Esto implica reconstruir el concepto de desarrollo.

El concepto tradicional de desarrollo hace alusión exclusivamente a los aspectos económicos y específicamente a sus componentes productivos y por esa razón tal teoría se clasifica como una Ciencia Económica. Nuestra comprensión del desarrollo, en cambio, que abarca todas las dimensiones del ser humano, debe basarse en una ciencia social compleja, que incluya componentes de las ciencias naturales y tecnológicas. La teoría del desarrollo, en cuya creación se debe empeñar una educación impertinente, no es una Ciencia Económica en la comprensión tradicional de este término.

En tal teoría no solamente se requiere de la confluencia de varias ciencias, sino que las Ciencias Sociales han de pensarse desde contextos particulares; en nuestro caso, desde el contexto latinoamericano. Al respecto son muy oportunas las palabras del pensador colombiano, del siglo pasado, Antonio García Nossa:

Uno de los más peligrosos y difundidos mitos de las ciencias sociales consiste en la creencia de que la teoría científico-social es absolutamente universal y de que su validez desborda el marco de los espacios culturales y de los procesos históricos. Desde luego, este mito reviste la mayor peligrosidad —desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes— en el caso particular de la ciencia económica, en cuanto esta se relaciona con los problemas de la riqueza, de la propiedad, de la distribución de los ingresos, de la acumulación y

de la inversión, ocultando sutilmente su trasfondo ideológico en las diversas formas que reviste la racionalización científica. Este hecho explica el que todavía hoy se considere, en ciertos círculos académicos de la América Latina, que la economía clásica liberal no es una racionalización de los problemas, experiencias e intereses de la Inglaterra de fines de siglo XVIII o de las primeras décadas del XIX, sino la ciencia económica misma. Semejante proceso de mitificación fue posible en razón de que la América Latina —salida de la más burda y más atrasada escolástica— no ha ganado la capacidad crítica de descubrir el trasfondo ideológico de la teoría económica o de separar el método de análisis del cuerpo de conclusiones. En Adam Smith, en David Ricardo o en Carlos Marx se ha tomado más el cuerpo de doctrina, el resultado de la aplicación del método —análisis, ordenamiento, interpretación— que el método mismo¹⁷.

Las Ciencias Sociales actuales, en lo fundamental, se han pensado en Europa, para sus condiciones y bajo la sombra de la ideología eurocéntrica. Respecto al eurocentrismo, nos dice, el pensador egipcio Samir Amin, lo siguiente: “A partir del Renacimiento, cuando se constituye el sistema mundo capitalista, su centro se desplaza hacia las costas del Atlántico, en tanto que el antiguo Mediterráneo será a su vez convertido en periferia. La nueva cultura europea se reconstruye en torno a un mito que opone una supuesta continuidad europea geográfica al mundo situado al sur del Mediterráneo, el cual por ello se convierte en la nueva frontera centro/periferia. Todo el eurocentrismo reside en esta construcción mítica”¹⁸.

El mundo construido, con Europa como centro, es entonces una construcción mítica y de allí que todo lo pensado por ellos tiene pretensiones de universalidad. Todas las teorías económicas, sociológicas, psicológicas, etc., que tomamos como universales son simplemente europeas. En este mismo sentido, es también muy oportuno el manifiesto de los maestros Orlando Fals Borda y Eduardo Mora Osejo, que propone la superación del eurocentrismo: “En nuestro país... es aceptada la validez del conocimiento científico originado en Europa y luego con gran éxito transferido a Norteamérica. Quizás en razón de tal éxito se llega al extremo de considerarlo también suficientemente adecuado..., para explicar las realidades en cualquier lugar del mundo, incluidas las de los trópicos húmedos”¹⁹.

Por eso, nosotros planteamos que los latinoamericanos tenemos la tarea de pensar América Latina y pensar el mundo desde esta parte del planeta. Debemos sustituir las ciencias tradicionales por pensamiento alternativo. El propósito ha de ser, en última instancia, sustituir los paradigmas eurocéntricos por nuevos paradigmas, en particular superar los paradigmas restrictivos, simplificadores, como el positivismo, el empirismo y el funcionalismo.

No se trata, desde luego, de un borrón y cuenta nueva. No estamos invitando a ignorar los aportes científicos y culturales de los europeos. Se trata, en cambio, de estudiarlos profundamente, con sentido crítico, para tomar de ellos lo que consideremos conveniente para la construcción de nuestras teorías propias. Pero, al lado de los aportes occidentales deben estar los conocimientos milenarios de nuestros antepasados americanos y africanos, muchos de los cuales aún superviven en las comunidades indígenas o afrodescendientes. La historia de este pensamiento se encuentra acumulada en la memoria de los mayores, como le dijo alguna vez el poeta Senghor a Sábato: “La muerte de uno de esos ancianos es lo que para ustedes sería el incendio de una biblioteca de pensadores y poetas”²⁰.

El pensamiento que se ha de crear en América Latina debe ser propio, pensado por los latinoamericanos, a la luz de la historia y las características particulares; debe ser alternativo; es decir, proponer nuevos futuros para el subcontinente. Es importantísimo tener en cuenta que el pensamiento nuevo no puede enraizarse solamente en el razonamiento y la imaginación, aunque requiere de mucha imaginación, sino que debe avanzar *pari passo* con la construcción de una educación impertinente y de modos novedosos de desarrollo. Deben ser propuestas abiertas, en un doble sentido: de un lado, tener la característica de todo sistema abierto que intercambia materia y energía con otros sistemas, y, de otro lado, ser receptivo a la crítica y a las nuevas propuestas, una suerte de pensamiento en permanente construcción, que se inmunice frente al dogmatismo. Se trata, al fin y al cabo, de superar la disciplinaria estrecha y regresar dialécticamente a la unificación en una sola ciencia de la complejidad, recuperar a los pensadores del renacimiento.

En el caso de los pensadores latinoamericanos, es necesario rescatar a un grupo de pensadores, fundamentalmente del siglo XX, entre los cuales tenemos a Simón Rodríguez, José Carlos Mariátegui, Antonio García Nossa, Celso Furtado, Aníbal Ponce, Josué de Castro, Alonso Aguilar, Theotónio Dos Santos, André Gunder Frank, Orlando Fals Borda, D. F. Maza Zavala, Pablo González Casanova, José Consuegra Higgins.

A manera de ejemplo tomemos el caso del colombiano Antonio García Nossa. Sobre este pensador, afirmo lo siguiente:

Antonio García, desde los años treinta, tomó el camino del pensamiento independiente hacia la elaboración de una teoría propia, para América Latina, esto lo obligó a una reconstrucción teórica radical, desde la propuesta de un método, pasando por la creación de nuevas categorías, hasta la elaboración de una nueva teoría social. Como él afirma, se hacía necesario empezar por:

[...] una recreación de nombres, ya que estos deben corresponder racionalmente a unas realidades sociales y no ser meros residuos, palabras que afloran por vagas y equívocas voces vacías²¹.

Estoy pensando, en definitiva, en consultar a los sabedores de las comunidades indígenas y al pensamiento de las comunidades negras, más los aportes de quienes han construido pensamiento propio en América Latina. Se trata de un pensamiento mestizo-indígena-negro. Un buen punto de partida, en la construcción de pensamiento propio, es una relectura de los pensadores latinoamericanos, para buscar en ellos lo que hay de original y las guías que en ellos se encuentren para la construcción de modelos alternativos. Esta, desde luego, no es una tarea fácil, porque el pensamiento latinoamericano ha sido desterrado de los programas de Ciencias Sociales del país, que se limitan a la repetición acrítica de autores europeos o norteamericanos, lo cual se ve acentuado en las décadas recientes de dominio del pensamiento único neoliberal. La tarea que nos proponemos está lejos de ser sencilla, como bien afirma el maestro José Consuegra Higgins:

Si ha existido un razonar con pretensiones de respuesta a los problemas y a los retos del desarrollo, ¿por qué las dificultades y el atascamiento?

Esta pregunta que podría hacer quien escucha un discurrir apolo-gético, no es difícil de aclarar: en las economías dependientes las explicaciones más satisfactorias casi nunca se tienen en cuenta en la impenetrable urdimbre de las estructuras sometidas y de lo prevaleciente. Detrás de cada suposición hipotética se refugia una ideología que responde a un compromiso. En las organizaciones sociales de clases las interpretaciones y supuestos son disímiles como las clases mismas. Puede que algunas veces, como así sucede realmente, muchos analistas esbocen tesis de certidumbre y validez, pero si ellas chocan con el andamiaje de lo establecido, apenas sí quedan en el papel como una constancia o como un legado aprovechable en un devenir más promisorio. Por lo demás, los tiempos actuales son difíciles, y la dependencia cultural o ideológica facilita el dogmatismo esquemático y la intolerancia que se desprende de los intereses creados, mientras cierra los caminos a las posibilidades del encuentro con una idiosincrasia y un destino propios²².

El pensamiento alternativo debe tener, por lo tanto, un doble enfoque: de una parte, se trata de un pensamiento crítico, capaz de poner en evidencia los puntos débiles, los aspectos negativos del modelo imperante. De otra parte, debe plantear, desde un punto de vista teórico, los componentes fundamentales de

modelos alternativos, trazar los hilos conductores hacia la construcción de lo nuevo; debe ser, en este sentido, un pensamiento utópico.

Podría pensarse que la propuesta de una educación impertinente y modelos alternativos es un ejercicio inútil, si se tiene en cuenta que la realidad histórica sigue su marcha inexorable, al margen de los deseos de las personas. *Contrario senso*, creemos que los humanos tenemos la posibilidad de construir consensos y plantear futuros alternativos, a la medida de nuestros sueños. En un proceso como este, juegan un papel importante las utopías, entendidas no como un punto de llegada sino como un hito en el horizonte que invita a la acción en determinado sentido. El pensador colombiano Antonio García Nossa nos dice, a propósito, lo siguiente: “Desde un ángulo estrictamente histórico, tiene poca importancia el que exista o no la Tierra Prometida: lo verdaderamente importante es lo que el hombre ha conquistado creyendo en ella y luchando voluntariamente por acercarse a ella”.

En el mismo sentido, el filósofo colombiano Darío Botero Uribe nos ha enseñado a entender la utopía como una racionalidad alternativa superior, en busca de aceptación colectiva para hacerse realidad²³. Con esa enseñanza de los maestros García y Botero, planteamos aquí la necesidad de una educación impertinente. Un sueño compartido, una visión de futuro, es mucho más que un simple deseo, es un potenciador de esfuerzos de construcción, porque unifica en un todo único las voluntades dispersas, cuyo valor conjunto es mucho mayor que la suma de sus partes.

El cuadro que se presenta de una educación pertinente encargada de moldear cerebros jóvenes para que respondan de la mejor manera al modelo imperante, cuyo fin fundamental es el lucro, invita, indudablemente, a la búsqueda de alternativas más acordes con la condición humana. Nuestra propuesta, en síntesis, es la siguiente: la construcción de una educación impertinente frente al *statu quo*, cuyo propósito sea el pensamiento y la construcción de un modelo alternativo de desarrollo.

La pregunta que ronda nuestra propuesta es la siguiente: ¿Son posibles los cambios radicales a la educación y las formas de vida imperantes? En primer lugar, tendríamos que suponer de entrada que los cambios necesarios son posibles, aunque impliquen gran dificultad. Como lo afirmamos en nuestro libro “Hacia un mundo nuevo”:

Nuestra utopía del desarrollo es formulada como el desarrollo humano sostenible. Pero no entendemos por desarrollo humano lo que plantea la misma categoría en la comprensión de las Naciones Unidas, que sigue siendo un conjunto de indicadores con un mayor grado de complejidad, respecto a los tradicionales. Entendemos el desarrollo humano, en cambio, como un proceso en el cual los

humanos, como seres complejos, encuentren posibilidades para su multidimensionalidad. El ser humano tiene múltiples dimensiones, entre las que se pueden mencionar las siguientes: es un ser biológico, pensante, creativo, afectivo, libre, consciente de su singularidad, constructor de mitos, social, histórico, etc.

Todos los miembros de una comunidad deberían tener la posibilidad de poner en juego todas esas dimensiones. La propuesta es superar al ser humano especializado, que se esclaviza de una sola actividad. Se trataría de cambiar al hombre o la mujer que vive en función de una actividad simple, bien sea el cultivo de papas o la física teórica, a la cual dedica las veinticuatro horas de cada día, por un hombre o una mujer capaces, por ejemplo, de hacer ciencia en la mañana, arte al medio día y cultivar su huerta en la tarde²⁴.

La educación impertinente y su concomitante modelo alternativo implican una reevaluación de la concepción del trabajo. Es necesario borrar la frontera entre la productividad y la ociosidad de las actividades humanas y pensar en el ocio productivo. De igual manera, los límites entre la actividad científica, artística y manual pueden ser difuminados.

Se está pensando, de una parte, en una sociedad donde las personas que están en capacidad de trabajar lo hacen y, de otra, que las necesidades que se satisfacen son las propias de la naturaleza humana. Se habrá quedado atrás la sociedad dividida en grupos sociales que se dedican unos al ocio y otros al trabajo. Lo mismo se habrá derrotado las necesidades ficticias, como el consumo exagerado de bienes que, más que contribuir a determinada satisfacción personal o colectiva, esclavizan a los poseedores. Cuando hablamos de las necesidades propias de la naturaleza humana, no estamos pensando en las necesidades primarias, sino en todas las necesidades en correspondencia con las condiciones históricas, culturales, etc.

Un componente muy importante del modelo es la sostenibilidad, que implica la armonía con la naturaleza, de tal manera que la transforme sin destruirla. El respeto a la naturaleza no implica que permanezca intacta, sino que su transformación no sea destructiva. Se debe tener en cuenta que los humanos somos parte integrante de la naturaleza y no externos a ella; como dice el filósofo colombiano Augusto Ángel Maya: “[...] si por naturaleza se entiende todo aquello que ha llegado a ser a través del proceso evolutivo, hay que incluir no solamente al hombre sino también a la sociedad y, por lo tanto, a la cultura”²⁵.

Y respecto a la transformación de la naturaleza, afirma el mismo autor:

El hombre no puede convertirse... en un “predador prudente”, simplemente porque no es un predador sino un agricultor. Pertenece a la

“cultura” agraria, no a los nichos situados al “final de las cadenas tróficas”.

La ética no se puede fundamentar en la confusión de ambos órdenes. Ello significaría someter al hombre y a la cultura al orden ecosistémico y desconocer las especificidades evolutivas del orden cultural. Los ideales y los valores de una ética ambiental no son “conservar” la naturaleza sino saberla transformar. Sin duda alguna la conservación sigue teniendo un significado puesto que el hombre, genéticamente, no puede vivir en el planeta solamente con sus animales domésticos. Pero es el hombre el que define cuál es el límite de la conservación. De hecho, la agricultura no es posible si se quiere conservar la totalidad de las especies²⁶.

Se trata de relacionarse con la naturaleza de acuerdo con las necesidades humanas, de transformarla en consecuencia, pero sin destruir las condiciones necesarias para la supervivencia humana.

CONCLUSIÓN

Como tal, tengo en mente una educación, cuyo quehacer cotidiano sea la pregunta, cuyo ejercicio sea una invitación permanente a la puesta en juego del pensamiento y la imaginación, cuya divisa pueda ser lo que el filósofo Botero Uribe piensa escribir a la entrada de la ciudad de la utopía: “no nos importa qué piensa usted, nos importa que usted piense”, y un modelo de desarrollo entendido como una forma de vida, en la cual todos los miembros de una comunidad puedan buscar una calidad de vida a la medida de sus propios sueños. Queremos cambiar el actual modelo de mercado, basado en el egoísmo y la competitividad, por otro que permita el desarrollo de la multidimensionalidad humana, cuyos valores fundamentales sean la generosidad, la solidaridad, la libertad y el respeto a la diferencia.

Acojo como propias las palabras finales del libro “Antes del fin”, del gran pensador argentino Ernesto Sábato: “Solo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido”. Y a quienes piensan que es preferible la resignación, que la crítica es tal vez inútil, les respondemos con las palabras que Prometeo encadenado le dirigió a Hermes: “Es mejor estar clavado a esta roca, que ser el fiel mensajero del padre Zeus”.

NOTAS Y CITAS

1. GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas (1996). *La ley de la entropía y el proceso económico*. Madrid: Fundación Argentaria. p. 277.
2. MARX, Carlos (1976). *El Capital*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. Tomo 1. p. 309.
3. *Ibíd.* p. 349.
4. FOUCAULT, Michel (2004). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 266-267.
5. PONCE, Aníbal (1975). *Educación y lucha de clases*. La Habana: Casa de las Américas. p. 56.
6. RABELAIS, Francois (1999). *Gargantúa y Pantagruel*. Barcelona: Folio. p. 86.
7. MARX, Carlos (1993). Manuscritos: economía y filosofía, en: *Grandes Obras del Pensamiento*. Tomo 12. Barcelona: Altaya. pp. 160-161.
8. MARCUSE, Herbert (1999). *El hombre unidimensional*. Barcelona, Ariel. p. 39.
9. MARX, Carlos (1976). *Op. cit.* p. 499.
10. GEORGESCU-ROEGEN, Nicholas (1996). *Op. cit.* p. 349.
11. GALANO, Carlos et al (2002) *Manifiesto por la vida*. www.pnuma.org/educamb/documentos/manifiesto.pdf Fecha de consulta 2 de mayo de 2007. p. 1.
12. SEN, Amartya y KLIKSBURG, Bernardo (2007). *Primero la gente*. Barcelona: Ediciones Deusto. p. 8.
13. SMITH, Adam (1985). *La riqueza de las naciones*, en: *Biblioteca de Economía*. Barcelona: Ediciones Orbis. p. 58.
14. LENIN, V. I. (1977). *Las tareas inmediatas del poder soviético*, en: *Obras Escogidas*. Tomo VIII, Moscú: Progreso. p. 108.
15. ARISTÓTELES (1968). La Política, en: *Metafísica. Política*. La Habana: Instituto del Libro. p. 379.
16. ARISTÓTELES (1968). *Op. cit.* p. 382.
17. GARCÍA NOSSA, Antonio (2006). *Atraso y dependencia en América Latina*. Bogotá: Convenio Andrés Bello. p. 35.
18. AMIN, Samir (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: Siglo XXI. p. 25.
19. FALS, Orlando y MORA, Eduardo (2001). *La superación del Eurocentrismo*. www.revistapolis.cl/polis%20final/7/fals.htm Fecha de consulta: 2 de junio de 2007. p. 1.
20. SÁBATO, Ernesto (2004). *Antes del fin*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo. Tomo 7. p. 13.
21. SABOGAL, Julián. *Desarrollo Humano Multidimensional* (Inédito).
22. CONSUEGRA HIGGINS, José (2003). *El pensamiento económico colombiano*. Barranquilla: Editorial Universidad Simón Bolívar. p. 25.
23. Cfr. BOTERO URIBE, Darío (1997). *El Derecho a la utopía*. Bogotá: ECOE Ediciones.
24. USCÁTEGUI, Mireya, BURBANO, Hernán, SABOGAL, Julián (2006). *Hacia un mundo nuevo*, Pasto: Editorial Universitaria, Universidad de Nariño. pp. 45-46.
25. ÁNGEL MAYA, Augusto (2002). *El retorno de Ícaro. La razón de la vida*. Bogotá: IDEA, Universidad Nacional. p. 325.
26. ÁNGEL MAYA, Augusto (2002). *Op. cit.* p. 328.

